



Supe del escritor francés Valery Larbaud cuando leí *Encierro que arde*, uno de los libros de Elena Poniatowska. El volumen contiene la relación epistolar que mantuvo la también autora de *Tinísima* con el escritor y poeta colombiano Álvaro Mutis, cuando este estuvo preso en el palacio negro de Lecumberri, acusado de fraude por la compañía petrolera norteamericana Esso.

En una de las cartas Mutis comentó que, además de su línea de defensa formada por Cervantes, Pascal, Chateaubriand, Stendhal, Gogol, Baudelaire, Apollinaire y Neruda, entre otros, destaca Larbaud, a quien se refirió en los siguientes términos: “Lo de Valery de *La Pléiade* fue un acierto milagroso, pues reúne en un tomo todo lo que más quiero de su obra y que yo tengo dispersa en muchos tomos y quién sabe en dónde. Lo hojéo y hojéo con verdadera delicia”.

Así que después de leer estas palabras busqué las obras del citado escritor francés. De su obra llamó mi atención su novela *Fermina Márquez*. Pero ¿Quién lee todavía a Valery Larbaud? La verdad muy poca gente, salvo los investigadores de sus obras. Es autor de un ensayo titulado *La lectura, ese vicio impune*, publicado en 1925, pero con una difusión limitada al mundo angloparlante. Larbaud tuvo su momento de gloria a principios del siglo XX a la sombra de André Gide. La novela reseñada en este espacio *Fermina Márquez*, dedicada al amor adolescente y a menudo comparada con *El gran Meaulnes*, de Alain Fournier, recibió algunos votos para el Premio Goncourt en 1911, según Wikipedia.

La historia de Fermina Márquez transcurre en un colegio de élite cerca de París llamado Saint-Augustin, donde el narrador estudiaba entre orgullosos compañeros extranjeros. “Estos hijos de armadores de Montevideo, comerciantes de guano de Callao o sombrereros de Ecuador, sentían en todo su ser y en cada instante de sus vidas, que eran descendientes de los conquistadores. Era como si toda Latinoamérica hubiera enviado a sus jóvenes a esta selecta institución. Entre ellos, Santos Iturria provenía de México y el jovencísimo Márquez, hermano menor de Fermina, de Perú. En aquellos tiempos, cuando la coeducación era desconocida, la llegada de la bella Fermina entusiasmó a los jóvenes, todos internos, aunque algunos, como Santos, se escapaban para frecuentar los cafés de Montmartre. El más entusiasta de los chicos de décimo grado era Joanny Léniot, dotado tanto en francés como en latín, hijo de un comerciante de seda de Lyon. Tras una pausa en la narración, la novela termina abruptamente: el narrador visita su antigua escuela, ahora cerrada, casi en ruinas y en venta. El antiguo conserje, ahora vigilante del parque, le informa que Joanny murió durante su servicio militar en un cuartel del este de Francia y que Santos se casó con una mujer alemana rubia. ¿Y qué pasó con Fermina?

Esta novela, publicada en 1911, se sitúa en los últimos años del siglo XIX. Los árboles del parque conservan las cicatrices de la última guerra, concretamente, del asedio alemán de París en 1870. Los alumnos mayores (en secreto) y los profesores leen a Paul Bourget y Émile Zola. Cabe destacar que en esta novela Larbaud muestra una sutileza psicológica. Es decir que profundiza en los deseos y temores de cada uno de los personajes principales, haciéndolos más humanos.

“Éramos un grupo de jóvenes libertinos y descarados, empieza el narrador, que nos enorgullecíamos de atrevernos a todo en cuanto a

indisciplina e insolencia. En relación con los franceses, éramos una minoría muy pequeña en la escuela, tanto que el idioma que se hablaba entre los alumnos era el español. El ambiente predominante era el desprecio por toda clase de tonterías y la exaltación de las virtudes más austeras. En resumen, era un lugar donde se oía, cien veces al día, pronunciadas con acento heroico, estas palabras: ‘Nosotros, los latinoamericanos’”.

A Joanny Léniot, uno de los personajes principales lo describe como de una fisonomía poco agradable, taciturno, que jamás miraba a nadie a la cara, razón por la que nadie lo estimaba; todos sus esfuerzos estaban dirigidos hacia lo que él llamaba, en lo más profundo de su ser: el éxito. En suma, con toda su reputación de cerebro bien dotado, “destacaba únicamente por su ambición desmedida, verdaderamente impropia de su edad, precisa el autor. Y añade que Léniot es un estudiante solitario, bastante callado y amante de los libros. Es más analítico que romántico, lo que lo hace destacar en el ambiente particular del internado, hasta que sus sentimientos lo abrumen. Desarrolla una profunda fascinación, casi idealizada, por Fermina. Su evolución muestra la transición del concepto teórico del amor a su abrumadora realidad emocional.

En cuanto a la heroína, el autor la describe como una joven colombiana que vive con su tía y su hermana cerca del internado Saint Augustine, a las afueras de París. Aunque es objeto de deseo, Fermina se muestra tan ingenua como los chicos que la adulan. Para los estudiantes europeos ella encarna lo "exótico". El análisis psicológico se centra menos en sus monólogos internos que en el efecto que tiene en quienes la rodean y en su papel como la meta inalcanzable de los "caballeros".

Por ejemplo, con respecto Léniot, con quien habló de sus sentimientos, Fermina pensaba: “Precisamente para fortalecer mi resistencia al pecado había dicho todas esas cosas, celosamente guardadas hasta entonces. Y mi expectativa se vio frustrada al dar rienda suelta a mi fervor religioso, cuando este me abandonó. Sin saberlo, aquel chico había presenciado la agonía de mi piedad; eran los lamentos de esa piedad moribunda los que había escuchado.”

El resto de los estudiantes forman una especie de "corte de amor" alrededor de Fermina, quienes se ven a sí mismos como sus caballeros. Larbaud captó la peculiaridad psicológica de estos "niños grandes" que

quieren aparentar madurez, pero están atrapados en su mundo de libros y fantasías. Se caracterizan por un coqueteo torpe pero sincero que refleja los sentimientos universales de la adolescencia.

En general, Larbaud evita el romanticismo sentimental, centrándose en cambio en la representación realista de jóvenes que luchan por lidiar con la nueva intensidad de sus emociones. El narrador adulto rememora a los personajes, otorgando a la novela un tono melancólico, especialmente en el capítulo final que reflexiona sobre el destino de sus compañeros. Por otro lado, la identidad de los estudiantes sudamericanos, que se consideran descendientes de los conquistadores, influye en su autopercepción y comportamiento en el internado. En resumen, la psicología de los personajes de *Fermina Márquez* es un estudio sutil del proceso de maduración emocional y social, inmerso en la atmósfera nostálgica de la vida en un internado.

De acuerdo con algunos expertos, “merece la pena leer a Larbaud para comprender el modernismo literario europeo a través de la mirada de un esteta cosmopolita. Aunque reservado en sus relaciones personales, también se labró una reputación como un crítico literario. Mantuvo una relación cordial con André Gide, Léon-Paul Fargue, Charles-Louis Philippe y James Joyce. Jean Cocteau lo apodó el agente secreto de la literatura.

Entre los autores que Larbaud tradujo se encuentran Samuel Butler, Joseph Conrad, William Faulkner y Ramón Gómez de la Serna; realizó una contribución significativa a la versión francesa del *Ulises* de James Joyce.